

Comentario bibliográfico. Michel Pastoureau, Una historia simbólica de la Edad Media occidental. Katz, Buenos Aires, 2006

Autor:
Neyra, Andrea Vanina

Revista
Anales de Historia Anitgua, Medieval y Moderna

2008, N°40, pp. 167-171



Artículo

Comentario Bibliográfico

Michel Pastoureau, *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*.
Katz, Buenos Aires, 2006

Andrea Vanina Neyra

CONICET

Los dieciséis capítulos que conforman *Una historia simbólica de la Edad Media occidental* se proponen definir los ámbitos de interés de una historia simbólica aún no conformada como disciplina, a pesar de los múltiples textos dedicados a la problemática del símbolo. El libro se divide en una introducción y seis secciones con un total de dieciséis capítulos –algunos ya editados anteriormente–, además de contar con ilustraciones.

La introducción, “El símbolo medieval. Cómo lo imaginario forma parte de la realidad”, presenta las posibilidades de estudio y las dificultades para el historiador que decida adentrarse en la “historia simbólica”. El autor critica la literatura de divulgación y el empobrecimiento que ha generado en la investigación de la simbología medieval, para luego prevenir sobre algunos obstáculos que deben sortearse. El símbolo, en tanto ambiguo, polivalente y multiforme debe comenzar a ser analizado a partir del léxico y considerando los procedimientos semiológicos que lo construyen.

La metodología propuesta implica la desconfianza hacia generalizaciones abusivas y la dedicación a un documento en particular, la comparación y, finalmente, el recurso a una simbología más general. El símbolo es cultural e histórico y debe ser estudiado en su contexto, tanto para evitar la idea de la existencia de verdades universales que lleven a pensar en una simbología transcultural como para que se muestre en toda su riqueza.

La primera sección cuenta con el animal como protagonista. El capítulo “Los juicios contra animales, ¿Una justicia ejemplar?” destaca al animal como objeto de historia y sujeto de derecho con responsabilidad moral en el Medioevo. Estos juicios descuidados y generalmente relegados al ámbito de lo anecdótico, constituyen *exempla* ritualizados: el animal es fuente de ejemplaridad para la cultura medieval, incluso en el aspecto judicial.

Los capítulos “La coronación del león. Cómo el bestiario medieval se asignó un rey” y “Cazar el jabalí. De caza real a bestia impura: historia de una desvalorización” comparten la intervención de la Iglesia como agente valorizador o desvalorizador de los animales en cuestión. El león en tanto atributo y

representación de todo hombre poderoso llega a ocupar un lugar privilegiado como “rey de los animales” y se acentúan sus virtudes y su dimensión cristológica. Este proceso tiene otra cara: la identificación del león malo con el leopardo y la demonización, adiestramiento y ridiculización del oso, gran “competidor” del león.

En relación con el jabalí se ve el proceso inverso: la desvalorización de su simbología, que redundaba en el desprestigio de la caza practicada por reyes y príncipes que solían demostrar sus proezas en dicha práctica. Las causas se relacionan con el derecho feudal y la evolución de las técnicas de caza, pero principalmente con la contribución de la Iglesia, que vio en la caza del ciervo un mal menor en relación con cazas menos civilizadas y controlables como la del jabalí y la del oso. El jabalí se convirtió en un símbolo vivo del Infierno, incluso evocado por sus características físicas (color, gritos, olor, etc.).

La sección “El vegetal”, contiene dos artículos, “Las virtudes de la madera. Para una historia simbólica de los materiales” reconoce que lo simbólico y lo material son indisolubles en el caso de los materiales, pero centra su atención en el imaginario y los usos derivados de él. La madera, opuesta a la piedra y al metal por ser una materia viva y dinámica, ocupó un lugar central hasta el siglo XIII cuando el tejido obtuvo el primer lugar. Pastoureau también estudia los significados simbólicos de dos profesiones (el leñador y el carbonero) y de dos herramientas (el hacha y la sierra) y se pregunta sobre la posible existencia de una relación entre el uso de ciertas maderas y su proveniencia de árboles beneficiosos o perniciosos. Algunos ejemplos (de árboles beneficiosos) tienden a responder este interrogante afirmativamente.

“Una flor para el rey: Jalones para una historia medieval de la flor de lis” trata sobre la simbología de la flor de lis utilizada como elemento privilegiado de la iconografía en los escudos de armas por la monarquía francesa a partir del siglo XIII. Sus características (virginal, fecundante y soberana) se fusionaron en la Edad Media y, en el caso de su adopción por los reyes franceses, se unió una dimensión religiosa: los reyes capetos tenían el objetivo de resaltar el carácter sagrado de la monarquía francesa y el origen celestial de su misión como representante de Dios, así como establecer una distinción entre esta monarquía y las otras.

La siguiente sección, “El color”, contiene cuatro capítulos. El primero, “Ver los colores de la Edad Media ¿Es posible una historia de los colores?”, se preocupa por las dificultades documentales, metodológicas y epistemológicas del estudio de los colores en la Edad Media. Se plantea la historia del color como una historia social que debe tener en cuenta el contexto y evitar las verdades universales, puesto que todo es cultural en cuanto al color. “Nacimiento de un mundo en blanco y negro. La Iglesia y el color: de los orígenes a la Reforma”

rastrea las actitudes de la Iglesia con respecto al color desde los primeros tiempos hasta la Reforma. Éstas –íntimamente relacionadas con la simbología, que determina las elecciones y las combinaciones– influyeron no sólo en el ámbito religioso, sino también en las costumbres y usos de los laicos. Se habla de una teatralidad del color manifestada en toda su magnitud en las iglesias católicas y de la “cromofobia” de los protestantes, que ha influido en la percepción y la valoración de los colores hasta nuestros días, oponiendo el blanco y el negro a los colores propiamente dichos. Occidente se caracteriza por una continuidad de las morales del color, ya que hay un discurso unívoco que señala al color como lujo, artificio, maquillaje e ilusión.

“Los tintoreros medievales. Historia social de un oficio marginado” se detiene en la valoración negativa que sufrieron los tintoreros en la Edad Media. Este oficio artesanal minuciosamente reglamentado fue siempre visto con sospecha porque las actividades realizadas para lograr el teñido se inmiscuían en la transformación, la transgresión, la trampa y el fraude. El léxico confirma el desprecio hacia los tintoreros: los términos de la familia de palabras del verbo *inficere* se vuelven peyorativos; los autores cristianos llegaron a asimilarlas con *infernum*: el *infectorium* (taller) dotado de características infernales se convierte en una antesala del Infierno.

“El hombre pelirrojo. Iconografía medieval de Judas” se dedica a la adquisición progresiva de atributos rojizos por parte de Judas y de otros personajes negativos, vinculados especialmente a la traición, el mal, la mentira. Si bien no siempre los traidores, rebeldes y felones son pelirrojos en la Edad Media, su porcentaje es alto. En Judas, ser pelirrojo se une a otras características peyorativas: su zurdera, que acompaña a otros personajes negativos como marginados, excluidos, prostitutas, judíos, verdugos, e incluso a Satán; sus pecas, lo moteado es símbolo de impureza y, sus túnicas amarillas (a veces combinadas con verde), que remiten a la agresividad, el desorden y la locura.

“El nacimiento de los escudos de armas. De la identidad individual a la identidad familiar” de la sección “Emblemas” es un capítulo central, puesto que los otros capítulos suelen hacer referencias a la cuestión de los escudos de armas. Éstos son identificados como un hecho social. Se propone que su origen está vinculado con transformaciones sociales y con la evolución del equipo militar. Con el nuevo orden social señorial y con la fragmentación de la familia extensa, constituyó un nuevo sistema de identificación, cuya función era la de situar al individuo dentro de una familia, con una historia particular.

También se estudian las reglas y características (figuras, colores, combinaciones) y se resalta la no intervención de la Iglesia en el nacimiento de estos emblemas. En relación con los escudos de armas estaba la cimera o figura que corona el yelmo o casco, caracterizada con el término “totémico” –con la salvedad de

que no hay real vinculación con prohibiciones o rituales totémicos y desviándose del sentido antropológico-, ya que también cumpliría la función de ser un “lugar de memoria”.

El segundo capítulo de la sección “De los escudos de armas a las banderas. Génesis medieval de los emblemas nacionales” afirma que las pocas investigaciones dedicadas a los pendones medievales y a las banderas modernas se relacionan con el temor que genera la bandera en los investigadores, dada la relación historiográfica entre trabajos sobre esta temática y regímenes totalitarios. Probablemente, el aporte más importante aquí sea reconocer un papel central de los escudos de armas, de las figuras y colores heráldicos, que aseguran la continuidad y la historia, además de la explicación de la existencia y el sentido de las banderas en oposición o asociación a otras.

En la sección “El juego”, “La llegada del juego de ajedrez a Occidente. Historia de una aculturación difícil” trabaja la temática mostrando cómo se occidentalizaron los elementos del juego para adaptarlo a las costumbres de la sociedad feudal y cómo las piezas también fueron parte de “tesoros” de reyes y abades, que veían en ellas un símbolo de poder. La adaptación al gusto occidental y la actitud de menor condena progresiva por parte de la Iglesia forman parte del proceso de aculturación.

En el capítulo “Jugar al rey Arturo. Antroponimia literaria e ideología caballeresca” el autor caracteriza el imaginario como reflejo y, a la vez, modelo de la realidad. Toma el ejemplo de la antroponimia -que estudia a partir de sellos- para probar la moda del uso de nombres artúricos en todas las clases de la sociedad, difundida por las obras escritas, pero también por los torneos y espectáculos rurales y urbanos vinculados al ciclo artúrico. Serían la pequeña nobleza y la rica burguesía las que, por razones de prestigio, los adoptaron con mayor frecuencia. Además, el uso de los nombres literarios marca una transformación cultural: el paso del uso del nombre transmitido, que marca la pertenencia a un grupo, al nombre elegido.

La sección “Resonancias” cuenta con tres capítulos dedicados a las influencias de temáticas medievales en autores posteriores. “El bestiario de La Fontaine. El armorial de un poeta en el siglo XVII” compara al bestiario con el armorial y plantea que las fábulas de La Fontaine fueron creadas siguiendo los principios del blasón: la sintaxis es heráldica y los animales se presentan como muebles heráldicos. “El sol negro de la melancolía. Nerval lector de las imágenes medievales” plantea una novedad en el análisis de *El desdichado* de Gérard de Nerval. Pastoureau propone que la heráldica estaría presente en toda su obra y que su principal fuente habría sido el *Codex Manesse* (compilación de los siglos XII-XIII de poetas corteses en lengua alemana), especialmente a partir de sus pinturas y escudos de armas. “La Edad Media de *Ivanhoe*. Un *best-seller* en la

época romántica”, está dedicado a reconocer que el pasado de los historiadores es cambiante y a plantearse la duda sobre si existe una frontera infranqueable entre las obras de ficción y las de erudición. Para el autor, esa frontera es permeable y presenta ejemplos en los que la novela *Ivanhoe* generó el interés histórico e inspiró a la historia erudita, así como también lo hizo con la puesta en boga de nombres de personajes de la novela.